

LAS IDEAS Y EL SISTEMA NAPOLEÓNICOS

A) PRIMERAS PALABRAS.

a) *Los intentos contemporáneos de organización internacional.*

Napoleón decía: *Hay muchos y buenos generales en Europa, pero ven demasiadas cosas; yo no veo más que una...* También afirmó: *Mi talento es ver claro.*

Para el estudioso de la Historia Contemporánea, el problema está en ver claramente y una sola cosa; en hallar, en medio del torbellino de los acontecimientos—sociales, económicos, militares, nacionales o internacionales— la última y firme línea política, el argumento, el motivo conductor.

Existe, sin duda. Y solamente mediante su busca y hallazgo, por encima de la dificultad que la proximidad ofrece, lograremos escapar a los dos grandes riesgos de la narración histórica: la confusión y la fatiga. Podrá tacharse de pueril el intento y de provisional el resultado. Pero no por ello hemos de abandonar, descorazonados, el tema.

El camino ha de iniciarse mediante movimientos muy sencillos. No hay, en primer término, tal Edad

Contemporánea. Si una Edad es el período histórico en que los hombres intentan realizar un determinado concepto de la vida, es evidente que el mundo contemporáneo no se distingue de la llamada Edad Moderna. La afirmación de que Lutero, Descartes y Rousseau son, en lo religioso, lo filosófico y lo político, tres etapas de un mismo pensamiento, es difícil de discutir. Lo que se llama Edad Contemporánea no es sino un último período de la Edad Moderna, aquel en que se intenta su realización política.

Nos apartaría de nuestro propósito el abordar, por extenso, el tema. Luteranismo, cartesianismo y liberalismo desembocan, nacionalmente, en la tesis política individualista, e internacionalmente, en la afirmación de la pluralidad y la soberanía de las naciones. Nacionalmente, la Edad Contemporánea vivirá del problema constitucional, que abordará la situación del individuo en la comunidad nacional y estatal; internacionalmente, buscará un orden, una norma de vida a la variedad de las naciones.

Se quiso hallar ese orden entre las naciones —como en cualquier institución humana— mediante el establecimiento de una dirección. No caben, en términos lógicos, más que cuatro soluciones: que mande uno, que manden varios, que no mande ninguno, que manden todos.

La Edad Contemporánea ha vivido, internacionalmente, en torno a esos cuatro intentos: el mando de uno, en el Imperio Napoleónico; el mando de varios, en la Europa del Directorio; el mando de ninguno, en la Balanza de Poderes; el mando de todos, en la Sociedad de Naciones.

¿Demasiado sencillo? ¿Simple, acaso? La tesis po-

drá rechazarse con cualquier calificativo, mientras su autor no la haya puesto en pie, escribiendo una *Historia Contemporánea* montada sobre tal línea. Este podría ser un capítulo de tal *Historia*, porque en él se abordan las ideas y el sistema en que se quiso basar el primer intento: el del mando de uno solo (1).

b) *La-dificultad inicial.*

No hace mucho, al escribir el elogio crítico del excelente libro de M. François Pietri sobre *Luciano Bonaparte*, señalaba el autor de estas líneas la dificultad que ofrece, desde el primer momento, el estudio de cualquier tema napoleónico; la abundancia asfixiante de la bibliografía. Kircheisen sólo pudo iniciar la publicación de su fichero, en el que había reunido más de cien mil títulos (2). Bainville ha escrito que una biblioteca napoleónica, algo completa, ha de constar de diez mil volúmenes, y que lo esencial no se reúne en menos de quinientos (3).

(1) Estas páginas sobre las ideas y el sistema de Napoleón no son sino un tema de clase, explicado en la Universidad de Madrid, en el curso 1942-1943. El número de textos citados me llevó a escribirlo para facilitar el trabajo de los alumnos. Sus pretensiones, pues, no son muchas: lección entre lecciones, normalmente estudiada, cuyo sentido se halla, en gran parte, en las que la preceden y la siguen. Sólo el tema me parece extraordinario; acaso el de mayor interés de la época napoleónica.

En cuanto a la *Historia Universal Contemporánea* que sirviera a mi tesis —y a la vez a un enfoque español de los problemas— está pensada y explicada en gran parte. Para escribirla necesitaría de un tiempo de que no dispongo y de algunos libros para ultimar la Bibliografía, que, ahora, son de adquisición imposible.

(2) Friedrich M. Kircheisen: *Bibliographie des Napoleonischen Zeitalters*, Berlín, 1908-1912.

(3) Jacques Bainville: *Napoleón*, t. I, p. 9; París, 1933.

¿Por qué —preguntaba yo entonces— ha suscitado el hombre tal interés? En primer lugar, por la grandeza extemporánea de la figura. La frase atribuída a Paoli respecto al joven Bonaparte ha hecho fortuna: “Napoleón, estás tallado a la antigua, eres un hombre de Plutarco” (4). Uno de sus más recientes biógrafos, Teixeira de Pascoaes, ha escrito del Emperador: “Napoleón no cabe en su época. Es un dios que se retrasó en el camino” (5). Hombre de un destino prodigioso, a los treinta años había vencido al ejército turco en la tierra santa del Monte-Tabor. “Napoleón —escribe Kircheisen (6)— pasó la noche que siguió a su victoria (del 16 al 17 de abril de 1799) en el convento de Nazaret, donde se le miró casi como un segundo Mesías. Lo que todas las cruzadas no habían logrado a costa de cientos de miles de vidas, el pequeño general francés lo había realizado en unas semanas.” El prodigioso destino del hombre elevó en torno a él toda la obra que la admiración es capaz de levantar.

Y, a la vez, este personaje extraordinario guardó sus características humanas, fué como todo el mundo. “Quiso —dice el personaje de Anatole France (7)— con una fuerza singular todo lo que el común de los hombres estima y desea... Fué el hombre de los hombres, la carne de la carne humana.” En efecto, Napoleón amó, a los veinticinco años, a una criolla viuda y madura; y a los cuarenta, a una rubia alemana, casi niña: era como cualquiera. Y esta semejanza le atrajo la curiosidad que la simpatía humana despierta.

(4) Marcaggi: *La Genèse de Napoléon*, p. 218; París, 1902.

(5) Teixeira de Pascoaes: *Napoléon*, p. 54; Porto, 1940.

(6) Kircheisen: *Napoléon*, t. I, p. 171; París, 1934.

(7) Anatole France: *Le Lys Rouge*, p. 52; París, 1927.

La dualidad que singulariza su figura, la hallamos en la escena cumbre de la coronación. Fastuosamente vestido, avanzando hacia el altar de Notre Dame donde el Papa le aguarda, transformado en un Emperador de otras edades, se vuelve a su hermano mayor, recordando los malos tiempos: *José: ¡Si nos viera nuestro padre!* (8).

Desde el hombre al Emperador; todo en él ha sido estudiado de manera casi infinita. Y hemos llegado a una visión de lupa en que el conocimiento de los accidentes de la piel no nos deja percibir el perfil de la figura. Por eso se ha vuelto con decidido empeño a la obra de conjunto, que intenta poner en pie al personaje, devolvernos al hombre entero. En la tarea se han empleado Lacour-Gayet, Merejkowski, Ludwig, Driault, Bainville, Belloc, Kircheisen, Madelin, Teixeira de Pascoaes, Ciampini... (9).

(8) Masson: *Le Sacre et le Couronnement de Napoleon*, p. 208; París, 1908. y Madelin: *L'Avenement de l'Empire*, p. 206; París, 1939.

(9) Lacour-Gayet (*Napoleon. Sa vie, son oeuvre, son temps*, París, 1921) ha logrado una obra de un orden y una claridad perfectos, que alcanzan a la parte material del libro.

Merejkowsky (*Vida de Napoleón y Napoleón, el hombre*; trad. española; Madrid, 1930), y Teixeira de Pascoaes (*Napoleão*, Porto, 1940), siguen caminos paralelos en la libre interpretación filosófica y poética de la Historia.

De manera opuesta, Kircheisen (*Napoleón I, sein Leben und seine Zeit*, 9 volúmenes. Munich y Leipzig, 1911-1934) y Madelin (*Histoire du Consulat et de l'Empire*, en 12 volúmenes; siete publicados ya en París, 1940) han realizado el esfuerzo colosal de utilizar y resumir todo lo publicado y conocido. Ambos han escrito reducciones de sus obras en dos volúmenes.

La labor incansable de Driault se ha proyectado en tres obras de conjunto: una sobre el hombre (*La vraie figure de Napoleón*, París, 1929); otra sobre su obra política (*Napoleón et l'Europe*, 5 vols. París, 1912-1927) y una última monografía (*Napoleón le Grand*, 3 vols. París, 1930).

Bainville (*Napoleón*, París, 1931) y Belloc (*Napoleón*, Londres, 1932)

c) *Palabra y acción.*

Todos sus actos fueron recogidos, analizados, discutidos. Todas sus palabras también (10). De aquí la confusión respecto a sus concepciones políticas, a las ideas y al sistema napoleónicos. La contradicción de los textos ha producido un grave desconcierto, y con frecuencia se ha concluido en la imposibilidad de hacer luz. El teniente coronel E. Mayer ha escrito: "Tan pronto dice esto, como dice lo contrario. Tal vez haya sido sincero las dos veces; tal vez no lo haya sido ninguna. Puede ser que lo haya sido en un caso y en el otro no. Acaso la expresión ha traicionado su pensamiento, o se traicionaría este pensamiento atribuyéndole un carácter de generalidad y de permanencia a lo que tiene de transitorio y de particular" (11). Belloc concluye: "Una breve lectura de Napoleón nos convence de que habla libremente y contradictoriamente, a veces con un objeto, a veces con otro; a menudo tan sólo en la momentánea expresión de alguna fantasía

han trazado dos obras de una penetración que ningún autor de estudios de conjunto ha superado.

El *Napoléon* de Emil Ludwig (París, 1930, versión francesa) es una semblanza, de menos valor que el que pueda atribuírsele en el mercado, pero mucho más estimable de lo que pueda suponer un estrecho criterio de erudición.

Ciampini en su *Napoleone* (Turín, 1941), ha logrado un interesante trabajo en la línea mussoliniana del Bonaparte italiano.

(10) La publicación ordenada de sus palabras se ha emprendido de tres maneras: en colección meramente alfabética (por ejemplo, en el famoso *Dictionnaire-Napoléon*, de Damas Himard, 2.^a ed. París, 1854); en relación con los hechos, a manera de autobiografía (por ejemplo, en la *Vie de Napoléon... par lui-même*, publicada por la N. R. F., 6.^a ed. París, 1930); o atendiendo a los temas principales clasificados en un orden lógico (por ejemplo, Adrien Dansette: *Vues Politiques*, París, 1939).

(11) E. Mayer: *Rev. des Et. Nap.*, t. V, p. 263-264; 1924.

que cruza su cerebro, de alguna pasión o de alguna excusa" (12).

¿Imposible hacer luz? Apliquemos el criterio histórico, inexcusable en todo caso. Tengamos en cuenta el testigo que nos transmite sus palabras: Gourgaud, un fiel soldado; Bourrienne, un secretario despedido; Metternich, un gran adversario. Fijémonos en la ocasión en que habla; en la intimidad de la correspondencia privada; en la polémica del Consejo de Estado; en la exaltación de las proclamas; en Santa Elena; de cara a la posteridad.

Y, sobre todo, atendamos a esta realidad: la palabra sirve para él, en cada caso, a la acción que quiere provocar. Napoleón condenó siempre en "el ideólogo" al hombre que desconectaba, con cualquier propósito, el pensar y el decir del hacer. El, que fué lo que hoy llamaríamos un "intelectual", no podía soportar al pensador, al hombre a quien no le urge una acción inmediata. *Hay una clase de hombres —decía en 1800— que ha hecho mayor mal a Francia que los más feroces revolucionarios: "phraseurs" e ideólogos, espíritus vagos y falsos...* Tal juicio reaparece en los momentos más inesperados. En 1805, ordena al Mariscal Soult: *Hacedme conocer si, en quince días, los aprovisionamientos, los hombres y todo podrá estar embarcado. No me respondáis metafísicamente a esta cuestión; visitad los almacenes y los diferentes depósitos.*

Sus palabras sólo serán entendidas relacionándolas con la acción, en cuyo servicio han sido pronunciadas o escritas. Y así, veremos con frecuencia desaparecer la contradicción de dos afirmaciones. Elijamos un

(12) Hilaire Belloc: *Napoleón*, p. 12. Londres, 1934.

ejemplo sobradamente conocido. El 31 de marzo de 1797, desde Klagenfurt, como general victorioso de Italia, se dirige al Archiduque Carlos, generalísimo austríaco: *Señor General en jefe: los militares valientes hacen la guerra y desean la paz... Si la proposición que tengo el honor de haceros puede salvar la vida de un solo hombre me sentiré más orgulloso de la corona cívica que habré merecido que de la gloria que puede proceder de las victorias militares.*

En Dresde, el 26 de junio de 1813, Napoleón asegura a Metternich: *Vos no sois soldado y no sabéis lo que pasa en el alma de un soldado... Un hombre como yo no se preocupa de la vida de un millón de hombres.*

¿Cuáles son, en realidad, sus sentimientos de jefe de un ejército? ¿Aspira a salvar la vida de un hombre o no le importa que muera un millón? ¿Dónde dijo la verdad: en Klagenfurt o en Dresde?

La contradicción se resuelve si atendemos a lo que quiere lograr, porque las palabras no se tienen por sí, son tan sólo argumentos de ocasión dirigidos a un fin. En Klagenfurt, vencedor en todo el norte de Italia, avanza sobre Viena; sin que hayan progresado las demás fuerzas francesas *¿Se ha cruzado el Rin?* —ha preguntado seis días antes—. *Es claro que mi movimiento va a ser desenmascarado... El enemigo abandonará el Rin para caer sobre mí.* Quiere, necesita, ofrece la paz. En Dresde, el vencido en la campaña de Rusia, teme con sobrada razón que Austria aproveche el momento y se lance a la guerra contra él. Quiere, necesita, ofrece la paz. En cada momento emplea el lenguaje adecuado, que la ocasión hace contradictorio; el joven General de Italia no puede amenazar con hecatombes, y el Emperador que ha dirigido cien combates no

puede mostrarse sensible ante la sangre. Tampoco Metternich es el Archiduque Carlos. Las palabras no se tienen por sí; encierran tan sólo una verdad: quiere la paz.

Es posible —¡claro que lo es!— hallar sus sentimientos desinteresados; y los encontramos, a veces, en manifestaciones indudables. Su capacidad de emoción ante la muerte en la guerra, podemos apreciarla en una noche de la Campaña de Italia —seguramente la de Castiglione—, respuesta terminante a la discusión suscitada por sus palabras de Klagenfurt y Dresde. Sabemos cómo el dolor se acumula ahora en su alma, día a día. A veces cree fracasar en su empeño de convertir en un ejército a la horda que la Revolución le ha entregado: *El pillaje* —escribe el 11 de junio de 1796— *continúa en el Ejército. Esta conducta infame...* No recibe la ayuda necesaria. *Nada llega* —escribe el 9 de julio—, *ni artillería, ni oficiales, ni artilleros...* El dolor de la ausencia de Josefina se mezcla a su temor por la pérdida de la salud: *Necesito de ti porque creo que voy a caer muy enfermo*. Contra sus planes, Mantua ha de ser víctima de la artillería: *Toda la noche* —escribe el 19 de julio— *esta miserable ciudad ha ardido. El espectáculo era horrible e imponente*. La noche de Castiglione, cuando aún no han sido retirados los cadáveres que han dejado sobre el terreno su ejército y el de Wurmser, Bonaparte recorre el campo de batalla. *Me hallaba bajo un hermoso claro de luna y en la soledad profunda de la noche: de repente, un perro, saliendo de entre las ropas de un cadáver, se lanzó hacia nosotros y volvió inmediatamente a su muerto, lanzando aullidos dolorosos; lamía el rostro de su amo y se lanzaba de nuevo sobre nosotros; al mismo tiempo, pedía*

socorro y clamaba venganza. Sea la disposición del momento, el lugar, la hora, el tiempo, el acto en sí mismo, no sé qué, lo cierto es que nunca nada, sobre ninguno de mis campos de batalla, me causó semejante impresión. En aquel momento hubiera hecho la paz ante la súplica de un adversario, y sintió envidia de Aquiles, que devolvió el cuerpo de Héctor ante las lágrimas de Priamo... (13).

Hallamos —claro es— su palabra desinteresada. En todo caso, el criterio para entenderla será su afán constante de hombre de acción.

B) EL HOMBRE Y SU HERENCIA.

a) *Lo jacobino y lo girondino.*

Todas las tesis sobre la política exterior de Napoleón (14) pueden reducirse a dos: Primera; aquella fué una mera lucha defensiva contra la agresión de los enemigos de Francia. Segunda; por el contrario, fué una agresión ambiciosa de conquistador. Ninguna nos permitirá entender el caso, que necesita de otra luz. La guerra no fué obra de su libre voluntad de defensa o de agresión. Fué, ni más ni menos, una guerra heredada.

Imperiosamente, la Revolución Francesa ha sido el modelo de las revoluciones contemporáneas. Todo en ella es típico, incluídos sus hombres, cuya medianía

(13) Las Cases: *Mémorial*. Ed. de la Pleiade, t. I, p. 236-237.

(14) Resumidas por P. Muret: *Une conception nouvelle de la politique étrangère de Napoléon I*, en *Rev. d'Hist. Mod. et Cont.*, t. XVIII, págs. 177-200 y 353-380.

sirve de símbolo a los revolucionarios posteriores. Un día, Roland, el pedante, hubo de confesar a su mujer que en las reuniones del Ministerio sólo un hombre se mostraba capaz de gobernar: el Rey Luis XVI, el menos dotado acaso de los soberanos de su familia. Otro día, el Dr. Saiffert, médico de la Princesa de Lamballe, comprobaba, en el intento de salvar la vida de aquella mujer, que los dirigentes de la Revolución eran en su mayoría unos muñecos arrastrados por la corriente, que no osaban detener ni encauzar. Pero eran, sin duda, figuras típicas. Marat era el resentimiento de un intelectual fracasado, que se vengaba de la sociedad que no había reconocido sus méritos. Robespierre era el fanatismo, el sectarismo que proclama una virtud y una verdad implacables, y que deja al historiador la sospecha de un vicio o de una enfermedad inconfesables. Danton, el más humano, es la pasión desbordada, en la elocuencia, en la acción, en el amor de las mujeres o del vino. El resentimiento vengativo, el sectarismo fanático y la pasión desordenada, encarnarán en los guías de las revoluciones posteriores.

La Revolución vive la lucha de dos actitudes típicas, que inauguran la serie: la girondina y la jacobina. El jacobino propugna la supremacía directora de París; el girondino representa a la provincia; el primero quiere un oportunismo terrorista al margen de toda norma; el segundo cree en la intangibilidad de la Ley. (Las corrientes son anteriores a los núcleos y a las designaciones. Y viven más que ellos.)

Pero un tercer tema, el más importante para nosotros, les enfrenta también. El jacobino aspira a revolucionar a Francia, aisladamente, sin relación con el resto de Europa. Eran ya jacobinos los federados del

norte que colocaron en un puente del Rin esta inscripción: "Aquí comienza el país de la libertad." Era jacobino el patriotismo físico de Danton, que se negaba a huir: "No se lleva la Patria bajo la suela de los zapatos." Y se haría jacobina la tesis defensiva de las fronteras naturales que, durante años y años, había hecho del Rin, los Alpes y los Pirineos la muralla de una fortaleza que permitiese la seguridad de Francia.

La influencia de Brissot convenció a la Gironda de lo contrario. Brissot había permanecido fuera de Francia y estudiado y vivido el problema general de la esclavitud. El dió a la Gironda sus convicciones y experiencias. Las ideas tienen un valor universal, y la Revolución se realizaría en todas partes o en ninguna. La guerra revolucionaria —de extensión y propaganda— sería obra de los girondinos. Porque los acontecimientos parecerían, desde primera hora, dar la razón a su tesis.

La línea divisoria entre Francia y el resto de Europa en que los jacobinos creerían, vaciló pronto en la realidad. La Asamblea Constituyente abolió los derechos feudales; pero al aplicar en Alsacia los Decretos del 4 de agosto, halló que en aquella tierra francesa se hallaban afincados unos príncipes alemanes, que no reconocían la autoridad de la Asamblea. Cuando las ideas revolucionarias sublevaron todos los rincones de Francia resultó que los habitantes de Avignon se levantaban contra otro soberano, contra el Papa. Así, la Revolución inicia su política exterior en un doble y simbólico conflicto con el Papa y el Emperador.

Cuando el General Bonaparte es nombrado jefe del Ejército de Italia, encaja históricamente en la guerra girondina, confiada a su espada ahora. Hereda la gue-

rra. Al establecer en la Paz de Campo-Formio la República Cisalpina, se mantiene fiel al mandato; sus armas imponen la tesis girondina, republicanizando las tierras que se conquistan.

b) *El hombre en la tormenta.*

Entendámonos; Napoleón es *totalmente* heredero de la Revolución, que ha formado su mentalidad y le ha dado una situación política a resolver. Son erróneas, a mi ver, las posiciones extremas que —apoyadas en sus palabras, por otra parte—, le hacen voluntarioso autor de todo o mero juguete de las circunstancias, las que sostienen que el Imperio fué un capricho ambicioso del hombre o una consecuencia del bloqueo contra Inglaterra. Herencia —dentro y fuera del hombre— de la Revolución.

* * *

Contamos con un firme punto de partida. "Era —escribe Raffaele Ciampini— (15)— hijo de su tiempo."

Devorador de libros, las lecturas de la época harán de él un revolucionario. Teniente de artillería, casi niño aún, se le destina a la guarnición de Valence. Se aloja en los altos del Café de Mlle. Bou, que alquila habitaciones donde los huéspedes descansan difícilmente a causa del ruido que hacen los parroquianos del bajo. Vive un amor inocente con Mlle. du Colombier, amor que se mantiene —como él recordará en Santa Elena— comiendo cerezas... Todas sus horas libres —del servi-

(15) Raffaele Ciampini: *Napoleone*, p. 19; Turín, 1941.

cio militar y del amoroso— las pasa en el salón de lectura del librero Auxel, donde lee vorazmente cuanto encuentra, y donde queda convencido por la obra del maestro de la época: J. J. Rousseau. Las ideas revolucionarias, pues, hacen de él un revolucionario.

La vida, el curso de la Revolución, tendrá para él una consecuencia igualmente decisiva; ésta, nada menos: se queda sin patria. Toda su existencia se ha apoyado en el amor a Córcega y en el odio a Francia. Pero sus luchas en la Córcega agitada por la Revolución acaban en la necesidad de huir para siempre de la isla y de refugiarse en tierra francesa. Ludwig ha recogido, agudamente, el momento decisivo: “Desde el velero que les lleva a Tolón, el teniente de veintitrés años ve desaparecer, en el cálido crepúsculo de junio, la isla, cuyas alturas, cuyos menores picos conoce. Tres veces ha intentado conquistarla para darle la Libertad. Ahora, los suyos le echan como francés... Percibiendo entonces hacia el Occidente las costas de Francia, el aventurero comprende que en todas partes está en su tierra; es la suerte de los que no tienen patria...” (16).

Este momento en que, en medio del mar, Napoleón carece de tierra; la desaparición de la patria, física, real; el hundimiento de su isla en la tempestad, tendrá una repercusión inmensa en toda su vida. Por lo pronto, la carencia de la patria concreta —aquélla que sentía el jacobinismo de Danton— le echará en brazos del reino universal de las ideas que los girondinos proclaman.

* * *

(16) Emil Ludwig: *Napoleón*. Trad. franc., p. 32; París, 1930.

Un rusioniano, evidentemente. Todos los escritos de su juventud prueban que había tomado decididamente partido en la pugna "filosófica". *A los dieciséis años —afirmó en 1803— yo me habría batido por Rousseau contra todos los amigos de Voltaire.*

La comprensión y la aceptación de las ideas es completa. En el Manuscrito de 1786 encontramos la tesis del Contrato Social. *Los hombres en el estado de naturaleza —escribe el joven Bonaparte— no forman gobierno. Para establecerlo ha sido preciso que cada individuo consienta el cambio. El acto que constituye esta convención es necesariamente un contrato recíproco.* En el concurso de la Academia de Lyon, de 1791, el trabajo de Bonaparte es ortodoxamente liberal: *Después de siglos, el Francés... se ha despertado y ha trazado los derechos del hombre. Que sirvan de regla al legislador... Libertad de pensar..., libertad de hablar y de escribir...* El Militar de *Le Souper de Beaucaire* es un buen republicano que exhorta a los sublevados: *Creedme, marseleses, sacudid el yugo del pequeño número de malvados que os empujan a la contrarrevolución, restableced vuestras autoridades constituidas, aceptad la Constitución...*

* * *

Mantengámonos en la doble línea señalada. Este revolucionario convencido, formado en las lecturas "filosóficas", ha de vivir la Revolución; un hombre en la tormenta. Y este hombre pertenece, por la familia, a la pequeña nobleza corsa que supo vivir a la sombra del Rey de Francia. Y es —por la vocación, lograda en una formación profesional— un soldado. En 1800, el

Primer Cónsul dirá: *Militar, lo soy porque ése es el don particular que he recibido al nacer; es mi existencia, es mi costumbre. Dondequiera que estuve, mandé. Mandé a los veintitrés años el sitio de Tolón; mandé en París, en Vendimiario; arrastré a los soldados en Italia desde que me presenté allí. He nacido para eso.* Este hombre va a vivir el desorden de la Revolución; y estará contra él por el carácter y por la profesión, pues merced a ambos es soldado.

La tarea se inicia el año mismo de la Revolución. En 1789, los habitantes de la pequeña localidad de Seurre se sublevan, y Bonaparte recibe el mando de la compañía que ha de hacerles entrar en razón. Tiene veinte años, y aún hay en él una generosa estimación respecto a los amotinados. Antes de hacer fuego, les grita: *Que la gente honrada vuelva a sus casas. Yo sólo disparo sobre la canalla* (17). Y la multitud se dispersa; nadie quiere ser víctima de las armas en calidad de canalla.

Pasan tres años. La jornada del 20 de junio de 1792 le encuentra en París. Ya no duda en el calificativo que ha de aplicar a la muchedumbre que ha logrado llegar hasta el Rey. *¿Cómo —dice a Bourrienne, que le acompaña— se ha podido dejar entrar aquí a esta canalla? Barridos cuatrocientos o quinientos con los cañones, el resto correría aún.*

Luego es la tragedia del 10 de agosto. *El palacio se encontraba atacado por la más vil canalla.* Bonaparte acude en socorro de un guardia de Corps, que un marsellés va a matar: *¡Hombre del Mediodía, salvemos a*

(17) A. Chuquet: *La jeunesse de Napoléon I^{er}*, t. I, p. 309; París, 1897.

este desdichado! Si Luis XVI —escribe a su hermano José— se hubiera mostrado a caballo, suya hubiera sido la victoria.

Llega el 13 Vendimiario. El General Bonaparte, en desgracia tras la caída de Robespierre, ha de hacer frente a la rebelión conservadora de París. Los gobernantes discuten *el derecho de rechazar la fuerza con la fuerza*. El soldado se indigna: *¡Esperáis, les dije, que el pueblo os dé el permiso de tirar sobre él?... Abandoné a los abogados que se ahogaban en palabras e hice marchar las tropas.*

El soldado está contra todo desorden. El 10 de agosto, contra la rebeldía jacobina; el 13 Vendimiario, contra la realista. Vencedor en Italia y Egipto, se le llamará para el golpe de Estado de Brumario; se llamará al hombre de orden, al que está contra todo el desorden en que Francia agoniza.

El vuelve transformado. Ha vivido la noche decisiva de Lodi. Las victorias le han acarreado la adhesión del Ejército, donde ya no se le llama hostilmente *Bonaparte*, cuyos soldados le apodan, cariñosamente, *le Petit Caporal*. Se confía a Marmont: *Siento que estoy destinado a acciones que el mundo no sospecha*. En la oscuridad llamea *la primera lucecita de la alta ambición*.

C) EL PACTO DEL CONSULADO.

a) *El intento de fijación.*

Napoleón —ya lo vimos— afirmó: *Mi talento es ver claro*. Y también: *La alta política no es más que el buen sentido aplicado a las grandes cosas.*

El Primer Cónsul percibe claramente lo que se espera de él; que coincide exactamente con lo que él quiere. Detener y consolidar la revolución jacobina dentro. Detener y consolidar las conquistas girondinas fuera. En consecuencia, paz en el interior y en el exterior. Ello exige la reconciliación de los franceses dentro del territorio nacional; la paz entre Francia y las demás naciones.

(¿ Se trata de una idea sincera destinada al fracaso? ¿ Es sólo una necesidad política del momento? Más acertado será afirmar que las ideas del revolucionario, ante la experiencia de la Revolución, dan lugar al pensamiento del Primer Cónsul; y que la experiencia del Consulado formará al Emperador. Hay, en el proceso, un lógico desarrollo.)

b) *Las ideas del Primer Cónsul.*

1.ª *Fijar la Revolución.*—Es necesario detener la marcha de la Revolución hacia la anarquía, estabilizando y consagrando sus resultados. Tal fué su obra, para M. Edouard Driault: “Bonaparte ha *fijado* la revolución. El mismo lo decía. Y quería decir que había detenido el desarrollo hacia la anarquía y que había estabilizado, consagrado sus resultados” (18).

No hay duda de lo que él creía ser. *Quieren destruir la Revolución atacando mi persona* —decía del atentado de la rue Saint Nicaise—; *la defenderé porque yo soy la Revolución.*

(18) Edouard Driault: *Les enseignements de Napoléon. L'Etat Moderne. Rev. des Et. Nap.*, p. 196; abril 1929.

Afirmación que se completa con esta otra, que figura en la presentación de la Constitución del Año VIII: *La Constitución se funda en los verdaderos principios del gobierno representativo... Los poderes que constituye son fuertes y estables. La Revolución queda fijada en los principios que la iniciaron. Ha terminado. A Audigné, parlamentario vandeano, le escribe: Decid, pues, a vuestros conciudadanos..., que la revolución ha terminado; que la libertad..., será entera y absoluta* (19).

La frase más expresiva la pronunció en el Consejo de Estado, en noviembre de 1800: *Hemos terminado la novela de la Revolución; es preciso comenzar la historia...*

2.ª *Unidad de Francia.*—Madame de Staël advertía la general ilusión que suscitaba: “Era la esperanza de unos y otros; republicanos, realistas, todos veían el presente y el porvenir en el apoyo de su mano poderosa” (20).

El pensamiento de Napoleón ante el problema es bien claro. El Gobierno ha de esforzarse porque las luchas entre los franceses acaben. Iniciará la tarea con el ejemplo, renunciando a toda persecución revolucionaria. Para ser Gobierno nacional habrá de superar las luchas de los partidos, restableciendo la unidad francesa.

En la Proclama de los Cónsules que dictó a Roederer se lee: *Para consolidar la República es preciso que las leyes se funden en la moderación, el orden y la jus-*

(19) Paul de Cassagnac: *Napoleón pacifiste*, p. 140 y 167; París, 1933.

(20) Baronne de Staël-Holstein: *Oeuvres posthumes*, p. 197; París, 1844.

ticia. La moderación es la base de la moral, y la primera virtud del hombre. Sin ella, el hombre no es más que una bestia ferós. Sin ella, puede existir una facción, pero jamás un Gobierno nacional. Así se enlazan, desde el primer momento, el medio y el fin.

Nunca tomaré el color de un partido, repitió incansablemente (21). Todos los ciudadanos —dijo a sus soldados en Brumario— dejarán de pertenecer a las diversas facciones y volverán a ser franceses. Y su juicio sobre el mérito era bien sencillo: Ser buen francés o querer serlo... (22).

Gobernar mediante un partido —advierde a Cambacérès en 1799— es colocarse, tarde o temprano, en su dependencia. No caeré en ello. Yo soy nacional.

Que mi Gobierno reine a todos los franceses —decía a José en 1800—. Es un gran camino en el que todos pueden desembocar. El fin de la Revolución sólo puede resultar del concurso de todos.

En 1811, el Emperador, examinando el pasado, decía a Las Casés: *Os he reunido en las mismas habitaciones, hecho comer en las mismas mesas, beber en las mismas copas; vuestra unión ha sido el objeto constante de mis cuidados...*

3.º *Continuidad de Francia.*—En un orden positivo, constructivo, es esta la idea maestra del pensamiento napoleónico. Lo que primero nos llama la atención en ella es su carácter contrarrevolucionario, tradicionalista.

La Revolución ha tenido la conciencia de su capacidad de aniquilación respecto al pasado y de creación en

(21) Albert Vandal: *L'Avènement de Bonaparte*. Ed. Nelson, t. II, p. 52 y 83.

(22) Paul de Cassangac: *Napoleón pacifiste*, p. 153.

cuanto al futuro. Habrán de pasar muchos años para que Tocqueville inaugure la serie de los historiadores que denunciarán aquella tesis castastrófica, que mostrarán al encadenamiento lógico de los fenómenos revolucionarios con aquellos que le antecedieron, y dirán lo que hubo de Richelieu en la política del Comité de Salud Pública.

Lo que anuncia al hombre de genio en el General Bonaparte es su actitud ante el pasado. Hasta él, toda situación en la Revolución Francesa ha arrancado de la negación de la antecesora; y como la guillotina funciona tenazmente, los habitantes de París han visto pasar, en la carreta, camino del cadalso, a los gobernantes de la víspera. Para conocer que, en la Revolución, ha cesado el desfile de medianías, nos bastará saber —¡prueba magnífica!— que este hombre no hace piedra primera de su edificio el vacío de una nueva negación respecto a lo pretérito (23).

Al recoger el texto más terminante de este pensamiento napoleónico —escrito en los días del Imperio— Adrien Dansette ha roto, en su honor y con justicia, la uniformidad tipográfica de su Antología. Napoleón es-

(23) . Cuando llega al Poder es éste el rasgo que nos acusa su grandeza; más adelante, esa grandeza se revelará en su empeño por escapar a la adulación, en su lucha, a veces angustiada, por romper el círculo que, en torno a él, le deforma la realidad. Un día, su madre, le expresaba sencillamente su admiración: "Sois una maravilla, un fenómeno, *quelche cosa* extraordinaria..." Y él la respondió lleno de tristeza: *Signora Letizia, también vos me aduláis!*... Sus extensas instrucciones de junio de 1870 a Savary, ministro de Policía, constituyen acaso el más significativo documento de sus preocupaciones: *Lo necesario para servirme bien es servir bien al Estado. No se me sirve haciendo hacer mi elogio; por el contrario, se me perjudica...* El 1 de diciembre de 1806 establece la gran fiesta conmemorativa de Austerlitz; habrá conciertos, discursos, concursos poéticos; el Decreto ordena: *En los discursos y poesías queda terminantemente prohibido mencionar al Emperador.*

cribe a su hermano Luis: *Yo no me separo de mis predecesores y... desde Clodoveo hasta el Comité de Salud Pública me hago solidario de todo... Lo malo que, alegremente, se dice contra los Gobiernos que me han precedido lo recibo como dicho con la intención de ofenderme (24).*

El texto es del Imperio, pero el convencimiento es viejo y firmemente enraizado en él. En enero de 1798, el General Bonaparte se niega a asistir a la fiesta conmemorativa de la muerte de Luis XVI: *Celebrar la muerte de un hombre no puede ser jamás el acto de un Gobierno, sino de una facción y de un club sangriento: tal ceremonia... es indigna del Gobierno de una gran nación.*

El Primer Cónsul restablece ahora cuanto recuerda, y honra las glorias de la antigua Francia; las fiestas de Orleans en honor de Juana de Arco; las estatuas de los grandes príncipes, Carlomagno en primer lugar; las efigies de los grandes capitanes, Turena, Condé.

El convencimiento es viejo y firme en él. Al procurar la reintegración al servicio del Estado de las grandes familias francesas obrará de acuerdo con opiniones expuestas mucho antes. En Milán, en mayo de 1797, un enviado del Directorio solicitaba su ayuda para el golpe de Estado que se daría el 18 de Fructidor. El expuso su opinión, francamente: *Lo que me angustia, hasta ahora, es no ver en Francia más que hombres nuevos y oscuros en el timón del Gobierno. Quería, por el contrario, que se viesan en todas las funciones civiles, judiciales y del Estado a las viejas familias que las han desempeñado durante tantos siglos.*

(24) Adrien Dansette: *Napoleón: Vues Politiques*, p. 50.

El convencimiento llegó a ser una angustia constante para él. En Santa Elena consideró la victoria de la política de continuidad de la Gran Bretaña frente a la suya. *¿Cómo, hablando tan bien, yo he podido actuar tan mal?... Inglaterra pudo operar sobre un terreno cuyos fundamentos descienden a las entrañas de la tierra; el mío descansaba aún sobre la arena.* La firmeza de la frase atribuida a Luis XIV —que se sentía enraizado en la institución y en la dinastía— Napoleón la repitió razonando la debilidad de una empresa desenraizada: *Inglaterra reina sobre cosas establecidas... Yo depuraba una revolución... El Estado era yo.*

4.^a *Solidaridad y reconciliación internacional.*—

El Directorio, a cuyas órdenes se hallaba el General Bonaparte, “le había dado —escribe Paul de Cassagnac (25)— como consigna general: *Revolucionad.* Todo país conquistado debe ser *revolucionado.* Este era el fin del fin y el objeto supremo.”

El General Bonaparte acepta entonces, cuando va a partir para Egipto, la tesis girondina: *El sistema de Francia* —dice a su hermano José— *debe llegar a ser el de Europa, si ha de durar.*

Esta creencia girondina en la universalidad de las ideas y en la necesidad de su universal aplicación para el logro de una situación internacional estable, es la del Primer Cónsul ante el problema de la paz exterior que ha de resolver. *Es preciso* —dice en el Consejo de Estado, en marzo de 1800— *que la forma de los Gobiernos que nos rodean se aproxime a la nuestra, o que nuestras instituciones políticas estén un poco más en armonía política con las de ellos. Hay un espíritu de*

(25) Paul de Cassagnac: Ob. cit., p. 77.

guerra entre las viejas monarquías y una república completamente nueva. He aquí la raíz de las discordias europeas...

He aquí un problema de solución difícil. El procurará la aproximación del sistema político francés; las Monarquías hacen una buena acogida al Consulado, régimen que pone fin a la anarquía francesa y que acabará, seguramente, en la Restauración. Pero el pleito está en pie, y el Consulado sólo será un compás de espera en el problema internacional.

5.º *La mediación.*—Unidad de los franceses, continuidad de Francia, reconciliación internacional, todo ello supone una mediación entre principios y fuerzas opuestas. El Primer Cónsul es un mediador, el Consulado un Pacto.

Juzgando toda su obra en Santa Elena, Napoleón decía: *Llegué a ser el arca de la antigua y de la nueva alianza, el mediador natural entre el antiguo y el nuevo orden de cosas. Tenía los principios y la confianza del uno, me había identificado con el otro; pertenecía a los dos; hubiera dado, en conciencia, a cada uno su parte. Mi gloria hubiese residido en mi equidad...*

E insistía, en otra ocasión: *En esta inmensa lucha del presente con el pasado, yo soy el árbitro y el mediador natural; aspiré a ser el juez supremo; toda mi administración dentro, toda mi diplomacia fuera, se encaminaban a ese gran fin.*

c) *La obra del Primer Cónsul.*

“Dentro de las fronteras francesas —escribe Belloc (26)— la Revolución se transforma, por primera vez, de una idea en una cosa real. Las nuevas instituciones que su inmensa energía, su incesante labor; su claridad de pensamiento, su poder de coordinación han establecido tan rápidamente, confirmaron en todas partes esas cosas que la Revolución había proclamado.”

Hay una parte puramente interna en su obra. Se restablece el orden público, turbado por las permanentes rebeliones políticas que, en algunos departamentos, han degenerado en el bandidaje. Para el rebelde político, utiliza la amnistía que le reconcilie con el poder público republicano; para el bandido, la fuerza de las armas y de la prisión.

Se ordena también la Hacienda, suprimiendo la violencia del empréstito forzoso, liquidando el pasado mediante la Caja de Amortización. Y la dirección de Contribuciones recaudando y el Banco de Francia emitiendo, regulan la relación de la riqueza privada con el Estado.

Políticamente, entre el poder personal del Primer Cónsul y la soberanía nacional, se busca en la Constitución del año VIII el equilibrio de la *pirámide de las notabilidades*.

Hay una obra exterior. La Paz de Luneville restablece el límite de las fronteras naturales. Deja en paz a los grandes Estados. Pero busca el término medio,

(26) Hilaire Belloc: *Napoleón*, p. 19-20.

rodeando a Francia de una barrera de pequeñas repúblicas: Báltava, Helvética, Ligúrica y Cisalpina.

Y por otra parte atiende a la vez a la política interior y exterior. El Concordato que aspira a la paz religiosa y a la reconciliación con Roma y con todos los católicos. El Código que fija la Revolución en un texto, aplicado en Francia, pero proclamado norma de valor universal. Y la Legión de Honor, que aspira a crear una jerarquía nobiliaria en la República, y —como dice Cassagnac— “a reconciliar Francia con Europa y restablecer la armonía con ella, aparentando adoptar sus costumbres...”

Nada más respecto a la obra constitucional financiera, administrativa, etc. Sólo nos interesa detenernos en busca de la línea política del Consulado, que concierne de lleno a nuestro tema.

d) *El problema político.*

Este, sí, necesitamos percibirlo claramente. Vayamos, pues, con calma.

Conocemos ya su propósito: reconciliar a los bandos franceses en un movimiento nacional. ¿Qué acogida encuentra el intento? El restablecimiento del orden —cuanto hace para ello primero, su logro después— le proporciona la adhesión de grandes zonas de la opinión política francesa.

Grandes zonas monárquicas que agradecen, en el orden, el cese de la persecución republicana. En el plebiscito para el Consulado Vitalicio, la Vandea, la tierra de la rebelión monárquica, vota a favor de Napoleón; 17.079 votos contra 6 se muestran por la permanencia del Primer Cónsul; voluntad casi unánime y aplastante.

Grandes zonas republicanas que agradecen el orden, la seguridad que proporciona a las situaciones adquiridas. En la Asamblea Constituyente, Mirabeau y Montesquiou habían anunciado el resultado político del despojo de la Iglesia: cuantos recibieran un *asignado* "llegarían a ser —decía el segundo— propietarios y ciudadanos por la Revolución y para la Revolución". Toda la burguesía formada por obra de los *bienes nacionales*, aspiraba a gozar en paz de *sus adquisiciones*, libre de la perpetua agitación de la vida francesa.

(El orden sirve también a su propósito exterior, pues los Estados europeos acogen con satisfacción al Consulado. Thiers (27) ha establecido la lista de felicitaciones y contentos, con motivo de una importante mudanza política. "La elevación del general Bonaparte al poder supremo con el título de cónsul perpetuo, ni sorprendió ni ofendió a los gabinetes europeos; viendo, por el contrario, la mayor parte de ellos en su elevación, otra prenda más de reposo para todos los Estados".)

* * *

Políticamente, la institución consular evoluciona de manera rápida y en cambios fundamentales.

A raíz del 18 de Brumario, los redactores de la nueva Constitución hubieron de prescindir —por su inutilidad— de Roger Ducos y atender al criterio de los otros dos cónsules, Sieyés y Bonaparte. Opuestas sus tesis, Talleyrand hubo de provocar una entrevista, en busca del acuerdo, o de la decisión al menos. En ella, Sieyés, oponiéndose a las atribuciones que Bonaparté preten-

(27) Thiers: *Historia del Consulado y del Imperio*. Trad. esp., t. IV, p. 177-178; Madrid, 1846.

día, hubo de lanzarle "la injuria suprema": "¿Queréis, pues, ser Rey?" (28).

Injuria suprema en el republicanismo con que el Consulado se inicia, al terminar el año 1799. Pero las etapas se suceden, en un camino que, en 1804, habrá desembocado en lo que se hubiese mirado con horror en 1800; Consulado Provisional, Consulado Decenal, un intento de prolongación de mandato por otros diez años, Consulado Vitalicio con designación de heredero, Imperio.

¿Cuál es el motivo de tal evolución? El caso es tan claro que el criterio de los historiadores, disconforme en los innumerables temas del Consulado, es unánime en éste. Todo dependía del hombre; y la vida del hombre se hallaba en peligro. Cada complot, cada atentado, provocaba la alarma de cuantos gozaban los beneficios del Consulado, y les empujaba a buscar su firmeza, aumentando los poderes de Bonaparte y proporcionando la estabilidad y la continuidad de la institución. El *Paralelo* atribuido a Luciano, pone el dedo en la llaga: "Franceses, ¿qué os sucedería si un grito fúnebre os anunciase, de pronto, que ese hombre había muerto?" (29).

* * *

Hay grandes zonas conformes. Hay núcleos que no lo están; son precisamente los capaces de enjuiciar el Consulado políticamente; tienen razón. Son monárquicos y republicanos que perciben el carácter híbrido,

(28) Maurice Deslandres: *Histoire Constitutionnelle de la France de 1789 à 1870*, t. I, p. 437; París, 1932.

(29) François Pietri: *Luciano Bonaparte*. Versión española, p. 119; Barcelona, 1942.

transitorio, del Pacto; ven que el camino ha de desembocar necesariamente en uno de los campos, y temen que éste sea el contrario a sus ideas.

De estas actitudes disconformes, tenemos muestras llenas de graciosa elocuencia.

En abril de 1802, para celebrar la conclusión del Concordato, tuvo lugar una misa en Notre-Dame, en la que ofició el Cardenal Caprara, Legado del Pontífice. A la salida, Napoleón preguntó al general Delmas, viejo republicano, lo que opinaba de aquella fiesta religiosa. Y el general le respondió: "Es una hermosa mascarada: no falta más que el millón de hombres que se ha hecho matar para destruir lo que vos restablecéis" (30).

En febrero de 1803 se la habla a la condesa de Albany del restablecimiento de los Mariscales de Francia; y ella advierte: "Poco a poco todo volverá, excepto aquellos que han sido sacrificados al furor de los caníbales. Es horrible pensar que tanta sangre vertida no haya servido más que para establecer el trono de un tirano" (31).

El general republicano ve que la República se va; la condesa monárquica ve que la Monarquía no vuelve. Son estos disconformes —repiteamos— los que enjuician el caso claramente, los que tienen razón.

* * *

En su intento de realizar el Pacto, Napoleón se vuelve hacia los dos núcleos disconformes, porque de

(30) Thibaudeau: *Histoire de la France: le Consulat*, vol. II p. 249; París, 1834.

(31) Louis Madelin: *La Contre-Révolution sous la Révolution*, p. 192; París, 1935.

ambos necesita el Consulado si ha de responder al pensamiento del Primer Cónsul.

El monárquico tiene un representante indiscutible: Luis de Borbón, el conde de Provenza, Luis XVIII. Un hombre de gran fe, cuya agudeza le daría una errónea fama de escéptico; un príncipe de una gran elegancia de espíritu, oculta a los ojos de quienes no sabían pasar de su gordura física. Cuando el Consulado organiza la expedición que intentará reincorporar Santo Domingo a Francia, el príncipe desterrado escribe a los suyos: "¡Qué nos importa la escarapela de los que van a salvar nuestra desdichada colonia! —Dadle el hijo, pero que no se le parta en dos —gritó la madre verdadera".

Hubo una gestión sobradamente conocida. Luis XVIII se dirige al Primer Cónsul, creyendo en la Restauración: "Es hora de que os muestre las esperanzas que he fundado en vos..." La carta tarda mucho en llegar a su destino, y, ha pasado el tiempo, cuando el Primer Cónsul redacta su respuesta dilatoria: "Sacrificad vuestro interés a la tranquilidad y a la felicidad de Francia..." (32).

Hubo otra gestión menos conocida, realizada a la inversa y de carácter decisivo. El Primer Cónsul quiere incorporar a su Gobierno la vieja Francia: hay en la Monarquía una fuerza que nunca entenderá —volvemos sobre ello— y a la que llamará, en Santa Elena, *la magia del pasado*. Aunque no la entiende, piensa hacerla suya: piensa hacerla suya, precisamente porque no la entiende.

En el invierno de 1803, el rey de Prusia se presta a realizar la gestión; el presidente Mayer sondeará a

(32) Albert Vandal: *L'Avènement de Bonaparte*, t. II, p. 101 y 512.

Luis XVIII, huésped de su soberano. Bonaparte no había derrocado el trono de Francia; su misión era la de "vengarlo"; todos los franceses se acogían al nuevo régimen; la abdicación de la Monarquía por obra de Luis XVIII acabaría la obra inmejorable. La posición mixta del Primer Cónsul halla en la dilación la respuesta adecuada; la actitud de Luis XVIII reposa sobre una base que no admite vacilaciones. "Si sus derechos pudiesen ser puestos en duda, sería el mismo Bonaparte quien los confirmaría con la gestión que acaba de hacer; el rey no era siquiera libre para disponer del trono, que pertenecía y no dejaría de pertenecer, de derecho, no a él, sino a su Casa" (33). "Soberbia respuesta", escribía el príncipe de Condé. Respuesta que, comunicada a todos los príncipes de la Casa, situaba el problema de manera clarísima y enfrentaba, definitivamente, a los Borbones con Bonaparte.

Ante el Primer Cónsul se alinea una serie de voluntades hostiles, coincidentes tan sólo en la negación: Inglaterra, que volverá a la lucha con Francia; los príncipes desterrados, que prepararán la Restauración; generales, republicanos por principio, pero descontentos y dispuestos a conspirar contra Bonaparte. Y, en primera línea, el grupo de monárquicos exaltados, cuyo tipo es Georges Cadoudal, que no tienen ojos ni paciencia para otra salida que no sea la supresión del Primer Cónsul, mediante el golpe de mano que se adueñe de él o que lo mate. Si no se puede o no se quiere, por parte del Primer Cónsul, hacer luz sobre el frente que forman sus enemigos, la impresión general será la expresada

(33) Louis Madelin: *La Contre-Révolution sous la Révolution*; p. 184-185.

por Fouché desde su retiro: "El aire está lleno de puñales."

* * *

Sólo la Monarquía tendrá autoridad, en el pensamiento napoleónico, para afirmar la consagración republicana del Consulado; sólo los republicanos tendrán autoridad para aprobar su marcha hacia el trono. Nos acercamos al desenlace.

El Primer Cónsul se halla rodeado de un equipo de republicanos auténticos. (El concepto y la justificación han existido siempre.) En la pugna por la autenticidad, ha habido un momento en que sólo los convencionales de 1793 se han podido sentir libres de toda sospecha; más aún, los convencionales que han votado la muerte de Luis XVI, los regicidas.

La alarma de los regicidas por la labor monarquizante del Consulado es muy viva, angustiada en algunos momentos. Cuando se proclama como institución vitalicia y hereditaria, Thibaudeau escribe francamente a Bonaparte: "Si Francia ha de tener un rey, yo os doy mi voto: no conozco a nadie más digno que vos del trono... Pero si nada cuesta el matar de un golpe la República, se mata al mismo tiempo la Revolución. Todas las instituciones feudales rodearán vuestro trono. Probablemente, aunque vos no lo queráis, vendrán a pesar de vos, y acabaréis por someteros. Serán los antiguos privilegiados quienes perseguirán a los hombres de la Revolución... Cuando esto esté consumado, nosotros (los regicidas) estaremos aterrados de nuestra falsa situación..." Al mismo tiempo que el peligro en la evolución del Consulado, Thibaudeau percibe que el Primer Cónsul es "una garantía", la única garantía que a ellos.

les queda. En consecuencia, los hombres de 1793, vacilarán entre la necesidad de sostenerle y la de evitar que los monárquicos vuelvan.

Pero el riesgo de la desaparición de Bonaparte, que las conspiraciones y los atentados hacen inminente, acabará con la vacilación. El curso de los meses y la agudización de la lucha, reducen el pleito a sus términos extremos: o el rey o los regicidas. La desaparición de Bonaparte, traerá el rey: sólo la afirmación y permanencia de su poder, permitirá la salvación de los regicidas.

Los hombres de 1793 dejan de dudar ante la posible desaparición de Bonaparte. El instinto de defensa les hace ver con claridad lo que necesitan: implicarlo en su responsabilidad; elevarlo seguidamente. Repitámoslo: implicar al Primer Cónsul en la responsabilidad convencional; hacer su mando permanente a continuación.

Fievée, un escritor contrarrevolucionario que lucha con su pluma contra "el partido filosófico", lo advierte al Primer Cónsul, á la vista del nuevo complot que permitirá realizar la maniobra: "Los hombres a quienes el pasado ordena imperiosamente el no dejar condenar la Revolución ni mediante los hechos ni mediante las doctrinas, sólo necesitan una circunstancia para ligar el gobierno actual a los horrores de la Revolución".

* * *

En esta última instancia del pleito, entre el rey y los regicidas, la muerte del duque de Enghien es el fallo.

El estudio apasionado del oscuro y trágico suceso ha desviado, frecuentemente, la atención de su signifi-

cado. Justificación de Bonaparte, intentada por Dontenville (34); participación de Tayllierand, establecida por Lacour-Gayet (35); culpabilidad de Real, señalada por Maricourt (36).

Los informes sobre el complot descubierto, hablan de un príncipe cuya entrada en Francia será la señal de la rebelión. En Ettenheim, Ducado de Baden, a pocos kilómetros de la frontera, se halla el joven duque de Enghien, nieto del príncipe de Condé. Violando territorio extranjero, los dragones franceses se apoderan de él en la noche del 14 al 15 de marzo de 1804 y le conducen al Castillo de Vincennes. Luis-Antonio-Enrique de Borbón-Condé, afirmó su actividad en pro de la Restauración y negó que hubiera participado en ningún complot contra la vida del Primer Cónsul. "Mi nacimiento, mis convicciones —dijo— me hacen enemigo irreconciliable de vuestro gobierno." Pero una y otra vez, incluso tras la lectura de la sentencia, pidió hablar con Bonaparte. El había tomado parte en la organización a favor de la Monarquía, nunca en la de un atentado contra Napoleón; él era un príncipe, no un asesino. Aquí residía el error de su esperanza; iba a morir no porque se le creyese asesino, sino porque se le sabía príncipe. Sólo una queja exhaló ante el pelotón: "¡Es espantoso morir así a manos de franceses..." (37).

Muere, en razón de su sangre, por obra de los convencionales. Bainville y Madelin han recogido curiosos

(34) J. Dontenville: *La Catastrophe du Duc d'Enghien*. *Rev. des Et. Napol.*, t. XXXV, p. 43-69; 1925.

(35) Lacour-Gayet: *Talleyrand*, vol. II, cap. VII, p. 122-142; París, 1930.

(36) A. de Maricourt: *La Mort du Duc d'Enghien*. París, 1931.

(37) Cesare Giardini: *L'Affaire d'Enghien*, p. 391, 398 y 399; Milán, 1939.

testimonios. Curée, convencional regicida —semirregicida acaso—, tribuno ahora, entra en el Tribunado al día siguiente de la ejecución y halla a sus colegas “gimiendo”. Pero él se frota las manos: “Estoy encantado, Bonaparte se ha hecho de la Convención.” Otro convencional, Alquier, resumirá la crisis en una carta a Talleyrand: “La incertidumbre de nuestro destino ha sido el tormento de mis pensamientos... La próxima elevación del Primer Cónsul a la dignidad imperial hereditaria, colma mis deseos...” Roederer, comunicará a Napoleón sus observaciones en los departamentos: “Los jacobinos se han declarado por el nuevo orden de cosas, en el que encuentran una garantía contra los Borbones”.

¿Cuál había sido el pensamiento de Napoleón? Bainville recuerda su frase: “He impuesto silencio para siempre a los monárquicos y a los jacobinos” (38). Madelin subraya su empeño de alcanzar el trono mediante el empuje jacobino, cosa que el drama de Vincennes podrá lograr (39). Ambos juicios se completan; ni lo uno ni lo otro, que es el silencio de ambos; lo uno y lo otro, que es el trono por obra de los republicanos.

Por el momento, los monárquicos se hallan atemorizados, los revolucionarios decididos. La reina Hortensia escribe: “Desde este momento todos los que habían contribuido a la Revolución se unieron francamente al Cónsul. No será un Monk, se dijeron: he aquí las prendas, se puede contar con él.” “Todas estas circunstancias —concluye— acarrearán un gran acontecimiento.”

(38) Jacques Bainville: *Napoleón*, t. I, p. 241.

(39) Louis Madelin: *La Contre-Révolution sous la Révolution*, p. 203.

¿Quién propondría la proclamación del Imperio en el Tribunado? Curée, precisamente Curée, cuya satisfacción de convencional salvado conoce el Primer Cónsul. Miot de Melito, que testimonia la relación, escribe: “Un emperador, salido de la Convención, debía ser, en efecto, a los ojos de Curée, lo más tranquilizador contra la vuelta de la antigua dinastía.”

* * *

La muerte del duque de Enghien tiene una significación decisiva en la vertiente interna del Consulado, allí donde el régimen ha buscado la transacción entre lo antiguo y lo nuevo. En su vertiente exterior, donde, en un esfuerzo de conciliación, se ha intentado la paz entre Francia y las Monarquías de Europa, el efecto es inconmensurable.

Súbitamente —hemos de modificar, parcialmente, las apreciaciones de Belloc, el más agudo en el tema— el Consulado se solidariza con la Convención, el régimen de orden, que cuenta con la simpatía de las Cortes de Europa, se sitúa en el otro lado de la barricada, allá donde están los regicidas.

Inesperadamente, el Primer Cónsul, Napoleón Bonaparte, el soldado que alcanzó el Poder como capitán del Ejército de su Patria en los campos de batalla y no como jefe de una banda fratricida en la Revolución, se ha manchado las manos de sangre.

Y esta sangre, es sangre real. (Acaso Talleyrand y Fouché, “calculadores profundos”, huídos de una vida religiosa, perciban el significado íntimo: Napoleón, seguramente, no.) Es difícil —como Belloc advierte— que muchos hombres de hoy entiendan lo que la sangre

real quería decir, pero fué durante siglos, en las centurias en que se edificó nuestra Civilización, la más importante de las ideas que hacían relación con el gobierno de los pueblos. En las postrimerías del Imperio Romano, una enfermedad que anunciaba la muerte había hecho dioses a los monarcas. El Cristianismo no derribó el árbol del Mundo Antiguo, sino que le prestó la savia de la verdad en la Consagración, en la Unción del Monarca. “Era —escribe magníficamente Bellóc— *a sacramental ideal*; la unión de lo visible con lo invisible edificado sobre el misterio; la encarnación de la sociedad en un hombre, que, por su ministerio, sería tan poderoso respecto a cualquier otro que podría proteger al hombre más débil contra el más poderoso, y tan rico en relación con otro cualquiera que no podría ser ni coaccionado, ni traicionado, ni desviado por el dinero.” De Carlomagno a los Capetos esta idea constituye la fuerza de la Monarquía; “la santidad del ministerio real”, “el rey, no sólo símbolo moral, sino encarnación actual de un pueblo”. La idea había permanecido viva a través de la quiebra espiritual del siglo XVIII; por ella, los hombres que mataron a Luis XVI, en la opinión moral del país, “habían quemado sus naves”; por ella pudo Balzac decir que, en la cabeza de Luis XVI, los regicidas habían cortado la cabeza de todas y cada una de las familias de Francia (40).

Arthur Levy ha señalado el movimiento provocado en las capitales de Europa por el suceso, atribuyéndolo no a la sinceridad de unos convencimientos, sino a la codicia de unos planes ambiciosos. (Aunque de la narración resulte que lo espontáneo es la ira primera, y los

(40) Hilaire Bellóc: *Napoleón*, p. 22-27.

intereses internacionales los que frenan aquel impulso.) En San Petersburgo, el embajador de Francia, general Hedouville y su mujer, quedan súbitamente aislados en los salones, como apestados; en la Dieta de Ratisbona, el Imperio alemán se ocupa del caso; el rey de Suecia levanta su voz contra Francia; la reina Luisa, en Prusia, pasa al primer plano de la actividad política (41). El curso de los años y de los acontecimientos no logrará borrar, aun en medio de las más trascendentales mudanzas internacionales, el recuerdo de esta hora; habrá soberana que no consentirá en la boda de su hija con Napoleón Bonaparte, aunque sea emperador de Francia; y habrá soberano que jamás tolerará que se le llame emperador de los franceses, sino *Monsieur Napoleón Bonaparte*.

En la vertiente exterior, la tregua del Consulado termina. Desde el 16 de mayo de 1803 la paz de Amiens ha acabado y la guerra de Londres con París se reanuda. Pero la contienda no pasa de ser la vieja pugna franco-inglesa, entre dos naciones; o la del Imperio Británico con la cabeza del momento en Europa. Inglaterra no encuentra aliados en el Continente. Directamente, al derramar la sangre; indirectamente, porque da lugar al Imperio, el drama de Vincennes mueve las voluntades, que, en la primavera de 1805, alinean a las naciones en la Tercera Coalición. La guerra girondina vuelve a incendiar los campos de Europa.

JESÚS PABÓN.

(Continuará.)

(41) Arthur Levy: *Napoleón et la Paix*, p. 207-212; París, 1902.

NOTAS

